

*Eso es poco*, dirás, poco si quieres que entre el interés por algo; pero si entiendes dar de la manera más provechosa para el que recibe, darás satisfecho de tu propio testimonio. En el caso contrario, no es hacer bien lo que te gusta, sino que vean cómo lo haces. Dices: *Quiero que lo sepa*, buscas un deudor de consiguiente ¿*Quieres que lo sepa?* ¿Y si le fuere más útil, más honroso, más grato no saberlo? ¿*Quieres que lo sepa?* ¿Con qué tú no salvarías á un hombre en el seno de las tinieblas? No niego que cuando el asunto lo tolera, se goza con la gratitud del obligado; pero si le halla menesteroso y se abochorna de ser socorrido; si lo que hacemos ofende, cuando no se oculta, no me parece que es real el beneficio. Pues qué, ¿le haré sabedor de que le he ayudado cuando entre los primeros y más grandes preceptos se cuenta el de no echar en cara el bien y ni aun mencionarlo siquiera? Cuando se trata de un beneficio, he aquí la ley de ambas partes: olvide uno inmediatamente lo que ha hecho, jamás se borre de la memoria de la otra lo que ha recibido (26).

Así es como procede á menudo por períodos severos y cadenciosos. Declamador siempre, siempre en pos de las antítesis, de las metáforas atrevidas y de las alusiones estudiadas, presenta las ideas con cierto brillo, aunque sin solidez y envolviéndolas á menudo bajo espresiones oscuras y enredadas. Pero antes de considerarle como corruptor de la literatura, prosigamos examinándole como uno de los más prácticos moralistas de la antigüedad, escogiendo en caso de necesidad algunas de sus máximas, en nuestro sentir las mejores:

«Ningún caso hagais de esos molestos censores de las vidas ajenas, enemigas de su propia conducta, especie de pedagogos públicos; no vacileis en preferir ser hombres de bien á pasar por tales (27). Ninguno es bueno por accidente; requiere

(26) *De beneficiis*, II, 10.

(27) Ep. 123. Sócrates había dicho: Συντομωτάτη τε καὶ ἀσφαλέςατη καὶ καλλίστη ὁδός, ὡ Κριτόβουλε, ὃ περὶ ἀνθρώπων δοκεῖν ἀγαθὸς εἶναι, τοῦτο καὶ γενέσθαι ἀγαθὸν περὶ ἑαυτοῦ. Véase JENOFONTE, *Mem.*, II.

la virtud ser aprendida, y es difícil de adquirir, al paso que los vicios se aprenden sin maestro. El alma libre y recta es aquella que somete á sí todas las cosas sin someterse á ninguna. Aquel que no sabe sufrirse á sí mismo, busca el tropel de los hombres y de las cosas. ¿A qué conduce prever los males?

«Nos acaecen muchas desgracias imprevistas; y no se presentarán muchas que son esperadas. Y aun cuando hayan de acaecer ¿de qué sirve salirles al encuentro? Harto padecerás cuando el dolor sobrevenga; entre tanto prométele lo mejor siempre. Entre los demás males de la necesidad se cuenta el de estar de continuo al comienzo de la vida. Una gran parte de la libertad estriba en la buena educación del vientre. No hables la verdad sino al que te escucha. Jamás he enderezado mis afanes á agradar al pueblo, atendido que las cosas que sé no las aprueba, y las que le gustan, las ignoro. He visto á muchos despreciar la vida; pero tengo en más á los que llegan á la muerte sin odio á la existencia. Si crees á tu mujer fiel, harás que lo sea, porque muchos han enseñado á las suyas á engañarles, sólo por el temor de ser engañados; y sospechando de ellas les han dado el derecho de incurrir en falta. El que es amigo de sí mismo es amigo de todos. Para muchos la adquisición de las riquezas no fué el término de sus miserias, sino un cambio. Mira con quien comes y bebes, más bien que lo que bebes y comes. Una pequeña deuda constituye un deudor, una deuda crecida hace un enemigo. ¿En qué consiste la sabiduría? En querer y rechazar incesantemente las mismas cosas. Pocas personas se rigen por la reflexión; y la mayor parte, á semejanza de los que nadan en los ríos, no andan por sí propios, sino que son llevados por la corriente. No sólo es indispensable arrancar la máscara á los hombres, sino también á las cosas, presentándolas bajo su verdadero aspecto (28).»

HORACIO había escrito este elegante verso, *Ep.* 16 del lib. I:

*Tu recte vivis si curas esse quod audis*

(28) Véanse *Ep.* 123, 124, 13, 29, 30, 3, 6, 17, 19, 20, 23, 24.

## CAPÍTULO XVII

### CIENCIAS

Séneca merece asimismo atención bajo el aspecto de la ciencia. Con efecto, aunque sus *Cuestiones naturales* sean un hacinamiento confuso é indigesto y una exposición verbosa de conocimientos empíricos, sin punto de apoyo en las ciencias exactas ni en los propios experimentos hechos según sistema, es el único libro que nos atestigua que los romanos se hayan ocupado de física; pues lo que hallamos en el poema de Lucrecio, en Cicerón y en la compilación de Plinio, es una copia y no un examen. El libro de Séneca señala hasta donde rayaron los antiguos en esta ciencia. Así, esta obra sin valor efectivo, vino á ser en Europa por espacio de muchos siglos lo que habían sido entre los griegos las obras de Aristóteles, el repertorio de los conocimientos físicos.

Allí encontramos mencionado el aumento que producen á la vista los globos de vidrio por refracción (1) y los espejos por reflexión. Se habla allí de los colores del arco iris, formados artificialmente por un vidrio prismático ó tallado en facetas (2); de la disminución del calor en las regiones elevadas de la atmósfera (3); de la formación de las islas por la acción volcánica (4); de los diferentes colores de las estrellas, de los planetas, de los cometas (5). Estos últimos son considerados por Séneca como astros de curso regular, y solamente

(1) «Literæ quamvis minutæ et obscuræ, per vitream pilam aqua plenam majores clarioresque ceantuntur.» *Quæst. nat.*, I, 6.

(2) «Virgula solet fieri vitrea, stricta, vel pluribus angulis... hæc si ex transversò solem accipit, colorem talem, qualis in arcu videri solet, reddet.» *Idem*, I, 7.

(3) *Idem*, IV, 11.

(4) *Idem*, 21.

(5) *Idem*, I, 1.

visibles cuando pasan cercanos á la tierra (6). También señala una diferencia de densidad entre el núcleo y la cola (7). Parece haber conocido el peso del aire (8), y el enfriamiento producido por la evaporación (9), y atribuye los terremotos á fuegos subterráneos que se inflaman de repente (10). Refiriéndose á una opinión de Empedocles sobre las aguas termales, propone calentar los aposentos por medio de corrientes de agua caliente: explica de qué modo infiltrándose el agua del mar por los poros de la tierra se dulcifica y forma manantiales; penetra, según dice, á través de la tierra, como la sangre en las venas: de lo cual parecería resultar una alusión á la circulación de la sangre (11).

(6) *Idem*, VI, 17.

(7) «Per stellas ulteriora non cernimus, per cometam aciem transmittimus.» *Idem*.

(8) «Ex his gravitas aëris fit.» *Idem*, V, 5. «Eo enim crassior aëris est, quo terris propior.» *Idem*, VII, 22.

(9) Con tal de que en vez de leer *trahit saporem evaporatio*, se lea *trahit calorem evaporatio*, III, 24.

Véase LIBRI, *Historia de las ciencias natur.* lib. I.

(10) *Quæst. nat.*, VI, 4-31. — San Patricio, obispo de Pertusa, á fines del siglo III daba la verdadera causa de las fuentes termales de Cartago. «No solo las nubes sino también las profundidades de la tierra contienen fuego, como lo demuestra el Etna y un monte cerca de Nápoles. Las aguas subterráneas suben como por una especie de sifón: las que corren lejos del fuego interno, brotan frías; pero las que pasan cerca, se calientan y llegan á la superficie de la tierra con un calor insoportable. *Acto S. Patrici*, pág. 155, y Ruinat.

(11) «Placet natura regi terram, et quidem ad nostrorum corporum exemplar, in quibus et venæ sunt et arteriæ; illæ sanguinis, hæ spiritus receptacula. In terra quoque sunt alia itinera, per quæ aqua et alia per quæ spiritus currit: adeoque illam ad similitudinem humanorum corporum na-

**Plinio.**—Cayo Plinio Secundo, natural de Como, fue el latino más ilustre en las ciencias, y uno de los hombres más laboriosos (23-79), si bien de sus muchos escritos solo su *Historia de la naturaleza* ha llegado hasta nosotros. Es una enciclopedia en que expuso en treinta y siete libros los descubrimientos, las artes, los errores del espíritu humano, buscando a veces ocasión de trazar la descripción de los cuerpos. Después de haber dado en el primer libro un resumen de las materias y de los autores de quienes habla, trata en el segundo del mundo, de los elementos y de los meteoros. Siguen cuatro libros de geografía; el séptimo está consagrado a las diversas razas, a los caracteres de la especie humana y a los principales descubrimientos. Tienen por objeto los cuatro siguientes los animales, clasificados según su tamaño ó importancia; discute sobre sus hábitos, sobre sus cualidades buenas ó malas, y sobre sus propiedades menos comunes. Trata con extensión de la botánica, que comprende diez libros, en los cuales describe las plantas, habla de su cultivo y de sus usos en la economía doméstica y en las artes; luego en otros cinco enumera los remedios sacados de los animales. Emplea cinco libros más en hablar de los metales, de la manera de extraerlos y de hacerlos servir para las más ordinarias necesidades y para el lujo. De aquí toma ocasión para ocuparse de escultura, de pintura y de los principales artistas: así, á propósito del cobre, pasa á las estatuas de bronce más notables; las materias colorantes le conducen á hablar de los cuadros, etc. En suma, la obra ofrece en su conjunto una distribución caprichosa y mal digerida.

No se debe considerar en Plinio un naturalista que recoje, observa, experimenta, para añadir algo al tesoro de los conocimientos adquiridos, sino un erudito que roba algunas horas á las ocupaciones de la guerra y de la magistratura para hojear libros. Tiene esclavos que le leen mientras come; también los tiene destinados á este efecto cuando va de viaje. Otros toman nota de todo lo que indica, y le ayudan en la redacción de un trabajo utilísimo en su tiempo, porque ahorra la dificultad de inmensas lecturas; preciosa para el nuestro, puesto que de dos mil obras que Plinio había consultado, casi todas han perecido.

Lejos de igualar á un Buffon, á un Cuvier, se queda muy en zaga del mismo Teofrasto (12). Com-

tura formavit, ut majores nostri aquarum apellaverint venas.» *Quest. nat.*, III, 15.

Citaremos además un pasaje de la Cábala, que se cree de los más antiguos: «Sicut sanguis manat per anastomoses venarum, modo in unam, modo in alteram, modo huc, modo illuc, ex loco hoc in locum alium, et isti sinus corporis rignant se invicem, et illuminant se invicem, donec illuminentur omnes mundi, et benedictionem accipiant propter illos.» En el *Idra Rabba*, tomo I, pág. 509 de la colección de *Cabala denudata* de KNORRIUS.

(12) Cuvier le juzga con más justicia y menos retórica que Buffon.

plador sin crítica ni ingenio, lee de prisa, no entiende ó copia mal los pasajes, ó lo explica según sus prevenciones personales, y del modo que cree convenir mejor á las reflexiones ó á las declamaciones de una filosofía atrabiliaria, acusando de continuo al hombre, á la naturaleza y á los dioses. Pensando más bien en excitar la curiosidad que en descubrir la verdad; propendiendo más bien que á la precisión á la elegancia, dirige su elección con preferencia á lo que tiene visos de singularidad y de extravagancia: admite absurdos ya refutados por el gran Estagirita, y copia con muy poco discernimiento para no distinguir la diversidad de las medidas de longitud, para juntar hechos contradictorios y andar á tientas entre sistemas disparatados y hasta opuestos. Su elocuencia aparatosa no hace más que oprimir la miseria humana; y su raciocinio descubre los trastornos de este mundo sin elevarse á las armonías de otro.

Hubieran podido enriquecer los romanos extremadamente la Historia Natural con tantas conquistas; pero aun cuando hallamos algunas colecciones, ni estaban hechas con esmero, ni enderezadas á un objeto científico. Contentan los archivos del palacio las relaciones geográficas de los generales, que brindaran una fecunda mina de documentos á cualquiera que las hubiera consultado; mas parece que Plinio ni aun siquiera conoció su existencia. Su mérito proviene, pues, principalmente de la pérdida de las obras de que se sirvió para su trabajo; y efectivamente, sin su indigesta compilación gran parte de la antigüedad sería para nosotros un arcano, y la lengua latina poseería un tesoro menos.

Conviene, pues, mostrarle agradecimiento; y ahora que han sido enmendados sus errores en punto á medicina y á bellas artes, merece que alguno acometa la árdua tarea de corregir en su totalidad el texto de la obra.

Enérgico y preciso en su estilo, dista mucho de la sencillez y corrección de los contemporáneos de César; tropieza en la afectación y en la oscuridad amenudo. Sintiendo animado, á semejanza de Traseas, Helvidio, Tácito y algunos otros hombres distinguidos, del espíritu de la antigua república, acredita á veces en sus opiniones fervor y hasta elocuencia; pero el mal gusto y el énfasis de sus expresiones dañan á la lozanía y á la elevación de su pensamiento. Nunca sabe columbrar una idea superior en la contemplación de las cosas naturales: opina que ningún interés ofrece escudriñar lo que se sobrepone á la naturaleza (13); ó niega á Dios completamente, ó le confunde con el mundo, y se mofa de la Providencia (14). El excepticismo desolador en que cae, le hace considerar al hombre

(13) «Mundi extera indagare nec interest hominis, nec capit humane conjectura mentis.»

(14) Véase, III, 7; VIII, 53.

como al ser más desventurado y soberbio (15), insulta á la divinidad «que no puede conceder al hombre la inmortalidad, ni privarse á sí propia de la vida, que es el mejor don que nos ha hecho.»

A pesar de todo no puede sustraerse á las ideas nuevas, á las cuales vanamente cerraba sus ojos: al nombre de bárbaros substituyó el de hombres: echa en cara á César la sangre derramada: elogia á Tiberio por haber puesto término á ciertas supersticiones en Africa y en Germania; filosofía tolerante y cosmopolita, cuyo manantial desconocía ó del que renegaba.

**Solino.**—Puede considerarse el *Polihistor* de Julio Solino como un extracto de su obra; vivió quizás dos siglos después este autor, que recogió nociones diversas especialmente en geografía, y gozó de gran crédito en la Edad Media, aunque en realidad carece completamente de criterio.

**Estrabón.**—Estrabón, de Amasis, viajó por el Asia Menor, por Siria, Fenicia y Egipto hasta las cataratas. Posteriormente recorrió la Grecia, la Macedonia, la Italia, excepto la Galia Cisalpina y la Liguria; en lo concerniente á estos países dice lo que ha visto: en lo demás habla sobre la té agena. Presenta en diez y siete libros la historia de la geografía desde Homero hasta Augusto; y tratando de los orígenes y de las emigraciones de los pueblos, de las fundaciones de las ciudades y de los Estados, de los más célebres personajes, da muestra de crítica más que mediana. En el décimosexto libro dice que la Comagene acababa de ser reducida á provincia; y este hecho, cuya fecha se refiere al año 18 de Cristo, es la única noticia que nos queda acerca de la época en que vivía.

Ya nos ha servido de norte para recorrer el mundo; y si no estuviéramos habituados á ver como ignoran los antiguos los escritos de sus más famosos predecesores, nos sorprendería que tan importante obra como la de Estrabón no fuera conocida por Pausanias, Plinio, Josefo ni Plutarco.

**Pomponio Mela.**—No vió por sus propios ojos el español Pomponio Mela (43), como Estrabón había visto *De suti orbis* en que compendia el sistema de Eratóstenes, es de estilo conciso y elegante; se halla sembrado de graciosas descripciones y de discusiones de física ó de recuerdos históricos, y elude la aridez de una nomenclatura. Pero como el autor debe sus noticias en todas partes sin gran discernimiento, da todavía como subsistente lo que no existe hace largo tiempo, á la par que se buscan infructuosamente en su libro Canas, Munda, Farsalia, Leuctra, Mantinea, lugares famosos por grandes batallas; Persépolis, Ecbatana y Jerusalén, notabilísimas capitales, ó Estagira, patria del gran filósofo.

**Dionisio Perigetes.**—Durante el reinado de Tiberio murió Dionisio Perigetes, el cual hizo una

(15) «Solum certum nihil esse certi, et homine nihil miserius aut superbius.» III, 7.

descripción del mundo en buenos versos griegos; mas algunos han atribuido la obra que lleva su nombre á un contemporáneo de Marco Aurelio. No añade á lo dicho por Estrabón cosa alguna.

Esclavos los antiguos geógrafos del rancio espíritu literario, estropean á menudo los nombres y hasta los pasan en silencio, cuando no les parece posible apropiarlos bien á su lengua (16), dejando así que se perdieran aquellos que tenían más originalidad, y por cuyo medio hubiera podido la filología esclarecer la historia de las poblaciones. A mayor abundamiento no habían dado una base matemática á sus sistemas, contentándose con situaciones terrestres, con latitudes groseramente señaladas, y apoyándose en itinerarios pintados ó anotados, es decir, dibujados en papel ó redactados.

**Tolomeo.**—Al cabo fue tratada la geografía científicamente por Claudio Tolomeo, que vivió por los años 100 de Jesucristo. Se declara deudor de sus conocimientos á Marino de Tiro, quien había recogido las relaciones de los viajeros rectificándolas, y acaso tuvo también proporción de servirse de las descripciones que los fenicios depositaban, según costumbre, en sus templos, así como de los mapas sobre que aquellos intrépidos navegantes apuntaran lo que había llegado á su conocimiento durante sus excursiones, ora acerca de la configuración de la tierra, ora sobre la situación de los diferentes países. Pero la obra de Marino de Tiro se ha extraviado; y tampoco poseemos la de Tolomeo, sino solo una compilación, y esa posterior según todos las probabilidades. Respecto de este príncipe de los geógrafos de la antigüedad, se sabe que hizo su última observación el 2 de febrero de 141. En el primero de los ocho libros de su *Geografía* (γεωγραφικὴ ἀφήγησις) enuncia el origen y el objeto de su trabajo, así como su método de formar las cartas geográficas: los seis libros siguientes no son más que una nomenclatura de ciudades, de montañas, de ríos, acompañada no obstante de las indicaciones de su situación por longitud y latitud. Contiene el último una lista de trescientas cincuenta ciudades, en la que se menciona la duración del día más largo del año en cada una de ellas, á fin de determinar su posición respectiva. A la obra van unidos veinte y seis mapas, diez relativos á Europa, cuatro á Africa y doce á Asia: en los ejemplares que subsisten son atribuidos á Agatodemon, mecánico de Alejandría (Ἀγαθοδαίμων μηχανικός ἀλεξανδρείας ὑπετόπιος), quien no hubo de hacer más que reproducir lo que Tolomeo le ponía delante.

Su mapa mundi estaba cubierto con una red, y en cada cinco grados se veía trazado un meridiano, á la par que los paralelos pasaban por las ciudades principales, tales como Siena, Alejandría, Rodas

(16) *Digna memoratu, aut latiali sermone dictu facilia* PLINIO. Lo cual se ve también en Estrabón, Mela, etc.

y Bizancio. Como había dado al grado quinientos estadios de longitud, es decir, cerca de una sexta parte menos de la verdad, todas sus demás indicaciones resultaron falsas. Al revés, se aproxima a la exactitud en punto a las latitudes; que siendo el grado de 485 estadios bajo el paralelo de Rodas, el lo evaluó en 444, diferencia leve, y reduciendo los estadios con tal proporción, prueba que sacaba provecho de las observaciones anteriores (17). ¿Cuánto dista del saber de Tolomeo aquel Eratóstenes, que como director de la biblioteca de Alejandría, tenía a su disposición tan ricos materiales! Estrabón, que se apoya en Eratóstenes, aun no conoce el Norte de Asia: cree que el mar Caspio es un golfo del gran Océano; y confiesa que desde allí hasta el Elba camina a oscuras: dice muy poco de la India aquende el Ganges, y nada de la situada más allá de este río: de la Arabia no conoce más que lo que le ha contado en Egipto el general Elio Galo.

Por el contrario, Tolomeo conoce, aunque inexactamente, no solo las costas, sino también el centro de la India, y una veintena de ciudades y puertos de la Taprobana: es el primero que describe los países situados allende el Ganges; nombra muchas localidades de lo interior de Arabia: conoce la península de Jutland y sus moradores: determina los territorios habitados por diferentes pueblos germanos desde la Polonia hasta el Báltico, y sabe que se dilatan extensos países al Norte del mar Caspio. Había adelantado la ciencia en el transcurso de siglo y medio, no tanto por efecto de las conquistas como para el comercio, ya más libre y regularizado, y por las expediciones de descubrimientos (*periplos*) por mar y tierra. Así Tolomeo debió dar noticias sobre el Asia Oriental a la relación de Ticiano, negociante macedonio que había enviado por tierra sus agentes a Mesopotamia y a lo largo del Tauro, a las Indias y hasta la capital de los seres.

Hicieronle incurrir en crasos errores la confusión que formó de los estadios de los diferentes pueblos, la poca crítica en la elección de los materiales, y observaciones astronómicas inexactas. Sin embargo, durante catorce siglos no se conoció otro manual sistemático que su *Geografía*, y siempre es lo mejor que poseemos en punto a noticias sobre esta ciencia entre los antiguos. Su *Gran construcción* (*μεγάλη συντάξις*) en trece libros, comprende todas las observaciones y problemas de los antiguos sobre la geometría y la astronomía. No fué grande astrónomo, aunque sí buen matemático, y se mostró laboriosísimo en el cuidado de reunir cuanto había esparcido en los tratados de sus predecesores. Su obra fué traducida al árabe en 827, con el título de *Tahrir al magestí*, de donde pro-

(17) En vano pretendieron los modernos rehacer los mapas de Tolomeo con métodos más ingeniosos que satisfactorios.

viene el nombre de *Almagesto* bajo el cual es conocida (18).

Tolomeo dió su nombre al sistema que coloca la tierra en el centro del universo y hace girar los cielos entorno de ella desde Oriente a Occidente, no porque él lo inventara, sino porque lo explicó sustentándolo contra Aristarco de Samos, que enseñaba el movimiento de la tierra. En su concepto tienen cuatro movimientos las estrellas: el primero de veinte y cuatro horas, como los planetas, en rededor de la tierra; el segundo diurno, que les hace inclinarse un poco del Poniente al Levante; el tercero es aquel en virtud del cual flotan ora de Levante a Poniente, ora en sentido opuesto; el cuarto las hace vacilar entre los dos polos. Hay tres cielos; uno, que llama el primer móvil, hace que giren las estrellas y los planetas entorno de la tierra: los otros dos cristalinos, dotados de un movimiento de vibración imprimen a los planetas los demás movimientos. Para dar razón de las enormes variedades que presentaba su sistema, hubo de suponer una complicación de círculos excéntricos y de epiciclos, cruzándose unos con otros de una manera tan contraria a la sencillez magestuosa de la naturaleza, que el rey Alfonso X de Castilla pudo permitirse este reparo más sabio que prudente: *Si yo hubiera estado cerca del Criador, le hubiera aconsejado hacer mejor las cosas*. Hasta en esto hicieron ver los progresos de la ciencia que las faltas atribuidas a la Providencia son efecto de nuestra soberbia y de nuestra ignorancia.

Su extraordinaria reputación se debe a lo raro de los escritos de Hiparco, que él copió en lo que es verdaderamente irreprochable de su *Sintaxis*, ó sea la trigonometría, la parte puramente esférica y la teoría matemática de los eclipses.

Tolomeo formó el catálogo de las estrellas de Hiparco, indicando la situación de mil veinte y dos de ellas. Creyó que avanzaban un grado por siglo, al paso que Hiparco, alejándose menos de la verdad, les había señalado un movimiento de dos grados en ciento cincuenta años. Describió la esfera armilar de Hiparco, y el astrolabio de que se servía para observar la altura de los astros, y las

(18) La primera edición latina de Tolomeo fué publicada en 1475; el texto griego no fué impreso más que en 1533 en Basilea, por la solicitud de Erasmo, luego en Paris en 1546 con todos los errores de la precedente. Hizose en Francfort la tercera edición greco-latina en 1605, con mapas de Mercator; posteriormente se reprodujo en 1616 y en 1618. El abate Halma comenzó una por los años de 1813 y 1815 en Paris, con una traducción suya y notas de Delambre; pero no pasó del primer libro, amén de que el traductor tenía escaso conocimiento del griego. Es mucho mejor edición la publicada por Frid. Guill. Wilberg: *Claudii Ptolomei Geographia libri octo; græce et latine ad. cod. mss. fiden. edit.* Essen. 1840. Se ha publicado recientemente una magnífica edición de Tolomeo en la colección de los clásicos griegos de Didot (1883).

paralelas. Supo que la luz de los astros, al venir a nosotros, se refracta en la atmósfera; pero en vez de aprovecharse de esta noción para explicar su mayor dimensión aparente cuando están al horizonte, la creyó producida tan solo por un falso juicio de nuestra mente. Enseñó a determinar la hora combinando la posición del sol ó de una estrella con la latitud del lugar donde uno se encuentra: descubrió la elevación de la luna, y demostró que la ecuación del centro del orbe lunar es más pequeña en las sizigias que en las cuadraturas: por último redujo a sistema la paralaje lunar, describiéndola mayor de lo que es realmente.

También trató de la música, y aún parece que le cupo el mérito de reducir a siete los trece ó quince tonos de los antiguos, como también de determinar las verdaderas relaciones de ciertos intervalos, haciendo la octava diatónica más conforme a la armonía. *Para juzgar del canto, dice, no basta oírlo: conviene que el sentimiento y la razón tengan su parte*. Y sobre este punto diserta según los métodos pitagóricos.

Su *Canon real*, redactado para comodidad de los astrónomos, ha prestado servicios a la historia, atendido a que apunta exactamente, con referencia al calendario egipcio, los años del reinado de cincuenta y cinco reyes.

Según confiesa el mismo Cicerón, nunca fueron muy cultivadas las matemáticas en Roma; y hasta Boecio, ni Euclides, ni Tolomeo, ni Arquímedes, habían sido traducidos a la lengua latina. Los matemáticos, de que tan frecuente mención se hace en las leyes romanas, se son los astrólogos que siempre desterrados, regresaron de continuo a la ciudad. Encontraba el orgullo romano algo de abyecto en una ciencia que se ponía al servicio de las artes mecánicas, calculaba la ganancia y llevaba registros. Horacio atribuye al estudio de las matemáticas la depravación del gusto. Séneca lo rechaza como humillante (19). Plutarco dice que por los filósofos es menospreciada (20).

(19) «Metiri me geometria docet latifundia... numerare docet me arithmetica, et avaritiæ commodare digitos... Quod mihi prodest agellum in partes dividere, colligere pedes jugeri, et comprehendere etiam si quid decemipedem effugit... Quid tibi prodest si, quid in vita rectum sit, ignoras?..»

(20) Todavía se expresa más claramente que Séneca: «Eudoxio y Arquitas fueron los primeros inventores de esta arte mecánica... Pero habiéndose levantado Platón contra ellos, considerándolos como gentes que arruinaban y corrompían todo lo bueno de la geometría, que de las cosas incorpóreas é intelectuales descendían de este modo a las cosas sensibles, y a hacer uso de los cuerpos que reclaman un trabajo manual, enojoto y servil, la mecánica quedó degradada y separada de la geometría, como un arte militar desdichado por los filósofos... Reputando Arquímedes por cosa innoble y vil la industria relativa a los trabajos mecánicos, y todas las demás artes a que se entrega uno por necesidad, puso toda su ambición en cosas cuya belleza y excelencia no se mezclan con la necesidad.» *En Marcelo*.

Frontino.—El único escritor que se haya ocupado de matemáticas aplicadas es Sexto Julio Frontino (40-106), que bajo Vespasiano mandó las legiones en Bretaña antes que Agricola, y fué cónsul y augur posteriormente. Era amigo de Plinio, y Marcial le tributó elogios. Al morir prohibió que se le levantara ningún monumento, diciendo: *Harto se conservará memoria mía, si mi vida me ha hecho acreedor a ello* (21). Encargado de la vigilancia de los acueductos, escribió la historia de estas construcciones memorables y verdaderamente italianas (22). También dejó cuatro libros de *Estratagemas*, compilación militar é histórica en un todo, donde se halla poca crítica y un estilo desaliñado, pero donde se descubre el fácil aplomo del hombre que posee la materia de que trata. Sus obras sobre el arte militar se han perdido. Escribieron asimismo sobre el arte militar el arquitecto Apolodoro, el emperador Adriano, el historiador Arriano; pero especialmente Onesandro, filósofo platónico, de quien volveremos a hablar más adelante y de cuyas obras tomaron muchos griegos y latinos, que le han conservado fama hasta nosotros.

Isidoro.—Halló Isidoro la duplicación del cubo, y un instrumento para describir la parábola por medio de un movimiento continuo. Menelao de Alejandría compuso el primer tratado de trigonometría (*σφαιρικὰ*), en el que habla de triángulos, aunque sin enseñar a calcularlos. Sus teoremas son todos de pura especulación, salvo el que denominaron los árabes regla de intersección, y explica la relación entre los seis arcos de una especie de cuadrilátero formado en la superficie de la esfera; este teorema es la única base de la trigonometría de los griegos. Sereno demostró que la sección del cono produce la misma elipse que la sección del cilindro. Perseo inventó las líneas esféricas, ó curvas formadas cortando el sólido engendrado por larotación de un círculo en torno de una cuerda, ó de una tangente. Filón de Tianes imaginó otras y perfeccionó la teoría de las curvas.

Columela.—Lucio Julio Moderato Columela, natural de Cádiz, se lamentaba de que permaneciera tan descuidado el estudio de la agricultura. «Hay, decía, escuelas de filosofía, de retórica, de geometría, de música; hay gentes exclusivamente ocupadas en preparar manjares sabrosos; otras en peinar los cabellos; y no hay nadie que enseñe agricultura. No obstante, hubo un tiempo en que las ciudades eran harto felices sin las artes de recreo, y lo serán todavía; pero sin agricultura está fuera de duda que los hombres no pueden subsistir ni alimentarse. ¿Cuales son los mejores medios de que cada uno conserve y fomente su patrimonio? ¿Son acaso las armas con cuyo auxilio se ad-

(21) PLINIO, *Ep.*, IX, 61.

(22) El título poco elegante *De aqueductibus urbis Romæ commentarius*, debe haber sido dado a su obra por los copistas de la Edad Media.

quieren despojos teñidos de sangre? ¿Será el comercio que arrancando á los ciudadanos de su patria les expone á las ondas y á las tempestades, trasladándoles á desconocidos confines? ¿Se contará con la usura, cuyos provechos son más probables, sin duda, aunque se la mira de reojo por los mismos á quienes sustenta? Si la tierra produce menos actualmente, no consiste en que esté cansada, como algunos nos dan á entender, ni en que envejecer de nuestra inercia es la culpa.»

De consiguiente escribió (42), para alentar á que se practicara este arte, un tratado (*De re rustica*), cuyo primer libro habla de la utilidad y del placer de la agricultura, el segundo de los campos, de la siembra y de la cosecha; el tercero y cuarto de las viñas y de los jardines; el quinto del modo de dividir y de medir el tiempo, de los árboles, del ganado menor y mayor y de sus enfermedades, de las aves y de las aves separadamente, de los deberes de un buen arrendatario: lo terminó con instrucciones para el uso de los que se ocupan en economía rural. El décimo libro, que está en verso, se halla también consagrado á los jardines, pero á los útiles, á diferencia del francés Delille, que cantó los de recreo.

Escribe con pureza; pero á veces es sencillo hasta la trivialidad, siendo otras elegante hasta la afectación. Puede ser agradable á los hombres de letras la lectura de su libro, si bien para agricultor no es nada instructivo. Columela prefiere á los prados, que consideraba Catón como el género de cultivo de más lucro, las viñas que también coloca sobre el trigo (23).

Dioscórides.—Presúmese que Pedanio Dioscórides, de Anazarbo en Sicilia, vivió en tiempo de Marco Aurelio. Sus cinco libros de *Materia médica* pasaban no hace mucho en Europa, y pasan todavía en Oriente por la mejor obra de botánica. No obstante, se limita á indicar la virtud medicinal de las plantas (único objeto de sus investigaciones) sin remontarse á las causas de las enfermedades, y sin proporcionar sus dosis á la edad ni al sexo.

Hasta la época de Plinio no había sido cultivada la medicina por ningún romano (24), á pesar

(23) GASTOS PARA EL CULTIVO DE SIETE *campos* DE VIÑAS.

	Sextercios.
Para la compra de un esclavo que baste por sí solo. . . . .	8,000
Para la compra de siete <i>campos</i> . . . . .	7,000
Para las estacas y otros gastos. . . . .	14,000
Interés al seis por ciento sobre estas sumas durante los dos años que no produce la viña. . . . .	3,480
Total. . . . .	32,480

Rendimiento de siete campos de viña cada año. . . . . 6,300

Además de diez mil sarmientos que se obtienen anualmente, vendiéndose en 3,000 sextercios.

(24) «Solam hanc artium græcarum nondum exercet romana gravitas in tanto fructu.» *Hist. nat.*, XXIX.

de ser tan lucrativa, que los emperadores pagaban hasta doscientos cincuenta mil sextercios anuales á los médicos. La mayor parte de estos eran esclavos ó extranjeros; César fué el primero que los hizo partícipes del derecho de ciudadanía (25); y en una tienda pública (*vatron*), hacían sangrías, sacaban muelas y verificaban otras operaciones entre bromas é historietas (26). Otros se aplicaban al estudio y ensayaban sus doctrinas sobre los infelices clientes, proclamando novedades singulares y teorías extrañas, con ese tono de seguridad que seduce las imaginaciones enfermas y da reputación y riqueza entre la docil credulidad. Una de sus escuelas se llamaba *Medicina contraria*, porque en las fiebres lentas y obstinadas abandonaba el profesor de repente los remedios hasta entonces intentados, para aplicar precisamente los contrarios. Augusto, gravemente enfermo, tomaba remedios calefactantes, y su liberto Antonio Musa lo curó substituyéndolos de pronto con baños fríos. Era el caso de decir con Celso: *Quos ratio non restituit, temeritas adjuvat*. Otra vez curó el emperador con lechugas, por lo cual le concedió éste el anillo, y en agradecimiento la inmunidad á todos los de su profesión.

Asclepiades.—El empirismo puesto en boga por Serapión (Lib. IV, pág. 203), fué derribado por Asclepiades de Prusias (60 á C.), al cual equivocadamente quizá se confunde con el retórico, y que habiendo ido á ejercer su arte en Roma, aplicó á él los dogmas de Demócrito y de Epicuro, entrando con franqueza por nuevos senderos, y rechazando las hipótesis de los humores para sustituirla con la física mecánica.

Según él los cuerpos son un compuesto de átomos que dejan intersticios; la salud consiste precisamente en la igual proporción entre el diámetro de estos y los fluidos que por ellos pasan y se evaporan; y las diferentes enfermedades proceden de la viciosa proporción de los sólidos y de los poros. Solamente, pues, hay dos causas de enfermedad, la dilatación y la contracción, y la práctica se reduce á suministrar remedios que produzcan el efecto contrario. Simplificada de tal manera la terapéutica, llamaba *meditación de la muerte* á la paciencia del arte que espía la naturaleza para socorrerla, censurando así á Hipócrates, aun por su doctrina de las crisis. Según él la curación debía ser *pronta, segura y agradable*, por lo cual se limitaba á propinar dieta, gimnástica, fricciones y vino, desterrando todo medicamento violento é interno, y usando con frecuencia de los simples. Se pretende que fué el primero que practicó la incisión de la laringe, y reconoció la hidrofobia y la elefantiasis.

Con tal seguridad aplicaba Asclepiades sc méto-

(25) SUTTONIO, en *Cæs.*, 42.

(26) BERNIGAU.—*De servi medici apud Græcos et Romanos conditione*. Halle, 1733.

do, que llegó á decir que consentía en perder todo su crédito, si alguna vez enfermaba. No enfermó, á la verdad, porque se mató cayendo de una escalera, y sus contemporáneos lo tuvieron por un dios. Galeno y otros le llaman impostor; pero sus teorías son las más plausibles y las menos absurdas que dió de sí la antigua física. Con su suave modo de tratar las enfermedades reconcilió á los romanos con la medicina, de la cual estaban disgustados por el método sanguinario del cirujano Arcagato, al cual mudaron el sobrenombre de vulnerable en el de verdugo, y acaso por esto atrajo á su profesión las exageradas invectivas de Catón el antiguo (27).

Temisón.—Los gérmenes que Asclepiades había dejado en sus obras, fueron fecundados por Temisón de Laodicea, el cual en tiempo de Augusto redujo la medicina á sistema, haciéndose jefe de la secta metódica. Adoptando la teoría de los poros y la división general de las enfermedades en contracción y dilatación sin considerar las diferencias particulares, procuró simplificar la doctrina y facilitar la práctica. A las causas ocultas de los dogmáticos, y á las evidentes de los empíricos, substituyó las próximas como fundamento del diagnóstico, excluyendo injustamente las causas remotas. La medicina era para él *el método evidente de conocer lo que hay de común en las enfermedades, y de tratarlas*; bastaba, pues, fijarse en las analogías comunes, debiendo curarse las enfermedades diferentemente, según que fuesen crónicas ó agudas, y de distinta manera según que se hallasen en aumento ó en disminución. Se elogió la diligencia con que describió el principio, el aumento y la disminución, y como él decía, las *relaciones temporales* de las enfermedades, que unidas á las comunes, debían servir de regla para el método curativo.

Metodistas.—Los metódicos se lanzaron después de los dogmas medios á los extremos, en un círculo resumptivo y metasincrítico, rara serie de remedios aplicados en tiempo y en orden determinados, añadiendo que no era menester cambiar el tratamiento según las partes afectadas, ni hacer caso de las individualidades y cosas semejantes. Generalmente, sin embargo, se atuvieron á los remedios simples y naturales, rechazaron los purgantes, y en vez de ostentar riqueza de medicamentos, los redujeron á laxantes y astringentes, haciendo consistir el arte en procurar su uso apropiado y discreto.

Tesalo.—Tesalo, uno de ellos, hombre presumido que despreciaba á sus predecesores, se atribuyó la gloria de haber introducido el verdadero sistema metódico, porque enseñó la mutación entera del estado de los poros de la parte enferma (*metasincrítico*).

(27) Escribió éste á su hijo: «Jurarunt inter se barbaros pecare omnes medicina. Et hoc ipsum mercede faciunt, ut udes iis sit, et facile disperdant. Nos quoque dicitant barbaros et sparcius nos quam alios Opicos appellatione faciunt. Interdixi de medicis.» Ap. PLINIO, XXIX, 1.

sis), extendió la doctrina de las comunidades temporales á las enfermedades quirúrgicas, y prefijó tres días de abstinencia al principio de todo plan de curación. Con el atrevimiento acostumbrado por los creadores de sistemas, propalaba que enseñaba la medicina en seis meses, por lo cual puede comprenderse cuántos alumnos concurrirían á su escuela.

Sorano.—Más sobrio Sorano, modificando algo la secta metódica, le grangeó crédito; pero es tal la sutileza de sus divisiones, que difícilmente se puede comprender su fondo, aún estudiando su método en Celio Aureliano, que lo adoptó y usó moderadamente, y en Baglivi y en Próspero Alpino, que intentaron restablecerlo después. Sin embargo, acaso no merezca esta escuela el desprecio de que la cubrió Galeno, porque aún cuando culpable de descuidar las causas remotas, y alguna vez también la fisiología y la anatomía, supo mejor que Hipócrates y el mismo Galeno establecer la conexión entre la doctrina y la práctica.

Otras escuelas.—Después nacieron otras escuelas, la *episintética* ó recolectora, fundada por Leónidas de Alejandría; la *eclectica*, instituida por Arquígenes de Apamea, y la *neumática*, por Ateneo de Atalia: las dos primeras tenían por objeto escoger lo mejor entre sus predecesores, y la última añadía á los cuatro elementos, calor, frío, humedad y sequedad, el espíritu que penetrando en los cuerpos da origen á las diversas afecciones, y á la palpación del corazón y de las arterias.

Escribonio Largo Designaciano, del tiempo de Claudio, siciliano ó rodio, trató de combinar las doctrinas metódicas con el empirismo, y es notable por haber enseñado á no extraer el diente dañado, sino á separar de él solamente la parte corrompida, y aún más por haber aplicado la electricidad al dolor de cabeza, sugiriendo el medio de poner en ella un torpedo vivo (28), remedio adoptado también por Dioscórides.

Celso.—Algunos han pretendido que en la época de Augusto vivió Cornelio Aurelio Celso (29), cuya patria y vida se ignoran y de cuya enciclopedia (*Artium*) no nos han quedado más que ocho libros de medicina, bien escritos para su época, pero que acaso no son más que traducciones del griego. Hipocrático, esto es observador, apoyándose también en la inducción recomienda á la higiene no tomar nuevos hábitos ni dejar la templanza, y

(28) «Capitis dolorem quemvis veterem et intollerabilem protinus tollit et in perpetuum remediatur torpedo vira nigra, imposita eo loco qui in docere est, donec desinat dolor et obstupescat ea pars: quod quum primum senserit, removeatur remedium, ne sensus auferatur ejus partis. Plures autem parantur sunt ejus generis torpedines, quia nonnunquam vix at duas tresve respondet curatio, idest torpor; quod signum est remediacionis.»

(29) BIANCONNI, *Cartas Celsianas*, 1779. Brillantes y falsas.

reunió después cuanto dijeron sus antecesores, juzgándolo con buen sentido y exponiéndolo con elegancia. Parco de teorías, solo cree importante en la medicina lo que se dirige á sanar. No desaprovecha el uso de algún médico de entonces de abrir á los hombres vivos, pero no lo encuentra necesario, pudiendo las heridas de los gladiadores, de los guerreros y de los asesinados, ofrecer campo para estudiar las partes internas, por remedio y piedad, no por barbarie.

**Arquígenes y otros.**—Arquígenes de Apamamea, que se considera como fundador de la ecléctica en medicina, fué contemporáneo de Trajano. Sus sutilezas á propósito de las diferentes clases de pulso, cuyo número eleva á siete, subdividiéndolas además en no sé cuantas variedades (30), recuerdan casi las de los médicos chinos. La obscuridad de su estilo no permite comprender sus descripciones hasta que le comentó Galeno. No desplegó menos sutilezas de raciocinio y distinción de voces, para determinar cada especie y cada gradación de dolor, según la víscera afectada. En la práctica seguía el empirismo, y proclamaba que la enfermedad era fuerte especialmente al principio.

**Areteo.**—Areteo de Capadocia, también ecléctico, aunque con más vastas miras, y el mejor observador entre los antiguos después de Hipócrates, parece haber sido contemporáneo suyo. Empieza la descripción de cada enfermedad por la de la parte afectada, y se muestra adelantado en anatomía; niega que los vasos del brazo se comuniquen con vísceras diferentes (31). Cree que el hígado está destinado especialmente á la elaboración de sangre, y que la bilis se forma en la vejiguilla de la hiel; acaso conoció los vasos lácteos y hasta los canales de Bellini en los riñones, y la membrana vellosa de Hunter en el útero fecundado. Sabe que los nervios toman nacimiento en la cabeza y son los agentes de la sensación, aunque á veces los confunde con los tendones. Es de sentir que la manía de adornar su estilo, demasiado común entre los médicos, le haya arrastrado hasta á sacrificar la verdad. Pueden citarse especialmente como prueba de ello su descripción de la lepra, en la cual se obstina en seguir una marcha contraria á la natural, y en comparar la piel del leproso á la del elefante, de donde procede el nombre de *elephantiasis*. El cólera se halla descrito punto por punto en Areteo (32), quien parece creerlo contagioso;

(30) Βηγοριζόμενος σκινδαψιζόμενος, ἀποκεκρημισμένος, πύξων, ὑγροψάνης, καρφίδης, βομβῶν, ἐκτεζαμένην, ἀναληθής, ἀενάης, ἀδρανής, ἀποπεπηγώς, διαπυροσημένος, διηγκωνισμένος, ἐγκαλυπτόμενος, y así sucesivamente.

(31) Sin embargo, recetaba siempre la sangría en la parte opuesta al sitio de la inflamación, pues la práctica le había enseñado que siempre vale más extraer sangre lo más lejos posible de la parte dolorida.

(32) «Cholera est materiæ a moto corpore in gulam, ventriculum et intestina retro fluens motio, vitium acutissi-

porque una vez agotados los remedios aconseja al médico que se aleje inmediatamente del enfermo (33). Mostróse en la práctica más moderado que sus contemporáneos.

Casio Yatrofista dejó una excelente colección de problemas de medicina y de física, que todavía son útiles actualmente. Antilo contribuyó mucho á los adelantos de la cirugía y de la terapéutica, y aconsejaba troncotomía en las anginas, y la incisión del hidrocefalo; también dió excelentes consejos para batir la catarata.

**Galeno.**—Pasaremos á los demás en silencio para llegar á Claudio Galeno (131-202) natural de Pérgamo, cuyo talento, tan vasto como el de Aristóteles, tan profundo y más libre, abarcó toda la ciencia. Ya cuando asistía á las escuelas señalaba los defectos de los sistemas dominantes, y poco satisfecho de la enseñanza que recibía, recurría á las fuentes de la doctrina y á la investigación de la naturaleza. Tomando á Hipócrates por norte, le siguió con respeto, aunque sin idolatría; comparó sus observaciones á los hechos, reconoció su habilidad, y habiendo acometido la empresa de reproducir sus ideas bajo diferentes aspectos, de repetir sus experimentos, hizo revivir su medicina con más esplendor que tuvo en su nacimiento.

Opulento con la sabiduría que el tiempo había aumentado continuamente, adoptó en la teoría el dogmatismo del maestro con motivo de las facultades sensitivas y activas de los órganos regulados

mum, supra enim per vomitum erumpunt, quæ in ore ventriculi et gula congesta fuerant: infra deiciuntur humores in ventriculo intestinisque natantes; In primis quæ evomuntur aquæ similia sunt; quæ anus effundit, stercorea, liquida, tetricæ odoris sentiuntur; siquidem longa cruditas in malum excitavit. Quod si per clysterem eluantur, primo pituitosa, mox biliosa feruntur. Initio quidem facilis morbus est, dolore vacans; postea vero tensiones in ore ventriculi et gula, tormina in ventro nascuntur. Si magis sæviat morbus et tormina angescant, anima deficit, membra resolvuntur, cibos exhorrent, animus consternatur. Si quid acceperint, cum magno tumultu, nausea et vomitu mandit, tum sincere flava bilis expellitur: dejectiones quoque similes sunt; nervi tenduntur, tibiæ brachiorumque musculi convelluntur, digiti incurvantur: vertigo oboritur, singultiant; ungues livent, algent estrema, totum corpus rigore concutitur. Si malum ad ultimum venit, tum vero ægrotus sudores perfunditur, bilis atra supra infraque prorumpit; convulsione impedita vescica, lotium cohibetur; quod tamen, cum in intestina humores deriventur, abundare non potest: voce privantur; arteriarum pulsatus minimi sunt ac frequentissimi; cuiusmodi in syncope proposuimus. Conatus ad vomendum perpetui ac inanes fiunt: inclinatio ad deiciendum prompta, quam tenesmon Græci vocant; sicca tamen, nihilque succi egerens; mors demum sequitur doloribus plena et miseranda, per convulsionem, strangulatam et inanem vomitum.» *De cholera*, lib. II. c. 3.

(33) En el c. 4, *Curatio cholerae* dice: «At contra, si omnia vomitu rejiciat, sudor perennis affluat, frigeat laborans, et lividus fiat, pulsus etiam prope extinti sint et vires cadant; cum ita, inquam, se habuerit, inde honestam fugam capessere bonum est.»

por la naturaleza. Fundó sobre la anatomía el conocimiento de la medicina; pero como las leyes romanas, que permitían matar á los vivos, vedaban diseccionar á los muertos, tuvo que dedicarse á la autopsia de los monos, por lo cual se equivocó en todos los músculos que en el mono se diferencian de los del hombre. Acontece lo mismo con la osteología; dice por ejemplo que la mandíbula superior se compone de cuatro huesos, lo cual es verdad en el mono, y no en el hombre; cuenta en el hueso sacro menos vértebras que tiene el hombre. Admite, sin embargo, en el hombre dos conductos biliares.

Hizo muchos descubrimientos en miología y en fisiología. Basaba cuatro temperamentos sobre los cuatro humores ya señalados por Hipócrates, la sangre, la pituita, la bilis y la atrabilis, y sobre las cuatro cualidades, aplicándolas universalmente, y pretendía explicar de este modo no solo el carácter y el origen de todas las enfermedades, sino también las propiedades de los cuerpos naturales y la eficacia de los remedios. Sobresaliendo en las generalidades de la terapéutica, se engaña á menudo en la aplicación práctica, en que permanece fiel á los principios de Hipócrates. Señaló después de él y después de Asclepiades la tercera época del arte de curar, y continuó siendo la principal autoridad hasta el siglo décimo sexto, en que tuvo nacimiento la medicina química. Vesalo añade algo á su libro *De usu partium*. Forzoso es decir que el brillo que Galeno dió á la medicina, fué nocivo á su sencillez, y que la naturaleza permaneció sofocada y embarazada bajo todo aquel aparato de ciencia y de dogma.

En Roma, á donde se dirigió, adquirió crédito á pesar de las intrigas de los médicos, que á la ignorancia juntaban tal envidia, que á impulsos de ella envenenaron á un médico griego y á dos de sus ayudantes. Suministró sus cuidados á Marco Aurelio, y gusta ver algunas de las enfermedades del filósofo emperador, descritas por el médico filósofo.

Aunque muchas de sus obras perecieron en el incendio de su casa, nos quedan ochenta y dos de autenticidad segura; diez y ocho acerca de las cuales cabe duda, diez y nueve fragmentos, y dieciocho comentarios sobre Hipócrates, sin hablar de unos cincuenta que están inéditos. Su modo de escribir es prolijo, minucioso, lleno de repeticiones, y á veces ostenta una jactancia que apenas puede perdonarse ni aun á su mérito inmenso. Poseía muchos idiomas, entre otros el de los persas que prefería á los demás, tal vez porque en él encontraba la raíz de muchas voces griegas y latinas, cuyo origen no se sabía que se remontara á una común fuente, el sanscrito.

Además de los servicios que prestó á la medicina y á la anatomía (34), le es deudora en general

(34) El caballero napolitano Pantoro examinó los instrumentos quirúrgicos encontrados en Pompeya, mostrando

la filosofía, por que derramó luz sobre la psicología empírica, y fundó una teoría mas exacta de las sensaciones y de las operaciones animales del cuerpo, distinguiendo los nervios de los tendones, y demostrando que los primeros, sin los cuales no hay sensibilidad posible, van á parar al cerebro. Pero no bastando los nervios para explicar la acción sensitiva, introdujo, ó más bien estableció claramente la distinción entre la vida animal y la vida intelectual, suponiendo que el alma tiene su asiento en la cabeza, y que el espíritu animal, fluido sutilísimo, está derramado por todo el cuerpo, como un órgano intermedio entre el sentimiento y el movimiento, al paso que las fuerzas vitales residen en el corazón, y las fuerzas naturales en el hígado.

Hemos visto más de una vez á la medicina conducir al materialismo, y escudriñando armada con su escalpelo la inagotable fuente de la vida, negarse á creer en ese soplo desconocido que se oculta á todas sus indagaciones, y hace que de simple máquina la reunión de los miembros se convierta en un hombre. Por el contrario, Galeno después de haber enseñado la admirable relación de todas las partes, se detiene poseído de admiración y se expresa de este modo: «Consagrándome á esta demostración me parece cantar un himno á tu gloria, ¡oh, tú que nos has creado! Mejor te honro revelando tus obras maravillosas que ofreciéndote hecatombes de toros é incienso. Primeramente consiste la verdadera piedad en conocerme á mí propio, luego en manifestar á los demás cuan inmensas son tu bondad, tu poder y tu sabiduría; tu

que ya se conocían entonces algunos que se creen de reciente invención, y especialmente el fórceps que se usa en obstetricia. El señor Scoutetten presentó á la Academia de Medicina de París los siguientes instrumentos desenterrados en Pompeya y Herculano: 1.º una sonda curva para hombre; 2.º la sonda recta; 3.º la sonda de mujer; 4.º la sonda para niño; 5.º la lima para quitar las asperezas óseas; 6.º el *speculum ani*; 7.º el *speculum uteri* de tres ramas; 8.º tres modelos de agujas para pasar cuerdas ó sedales; 9.º la lanceta y la cuchara de la cual se servían los médicos constantemente para examinar la naturaleza de la sangre después de la sangría; 10.º ganchos recurvos, de varia longitud, destinados á levantar las venas en la extirpación de las várices; 11.º una cuchara (*curlette*) terminada al lado opuesto por un levantamiento en forma de aceituna, destinada á cauterizar; 12.º tres ventosas de forma y tamaños diversos; 13.º el tricuarto; 14.º las tijeras; 15.º la sonda terminada por una lámina plana y hendida, para levantar la lengua en la operación de cortar el frenillo; 16.º muchos modelos de espátulas; 17.º escalpelos de canal muy pequeños para aserrar los huesos; 18.º bisturios rectos y convexos; 19.º el cauterio numulario; 20.º pinzas epilatorias; 21.º el fleme de los veterinarios para sangrar los caballos; 22.º el elevador para la operación del trépano; 23.º una caja de cirujano para contener trociscos y diversos medicamentos; 24.º pinzas con el mordiente de diente de ratón; 25.º una pinza de pico de grulla; 26.º una pinza que forma una cuchara con la reunión de los brazos; 27.º muchos modelos de martillos cortantes por un lado; y 28.º tubos conductores para dirigir los instrumentos cauterizantes.

bondad, en la igual repetición de tus dones, habiendo recibido cada uno los aparatos secretos que le son necesarios, tu sabiduría en tan excelentes dones; tu poder en la ejecución de tus designios.» (35)

Sin embargo, no supo evitar el contagio de su siglo: Esculapio le aconsejó una sangría en sueños: el mismo dios le apartó del designio de seguir en su expedición á los emperadores. Temía los encantamientos y combatía el cristianismo como absurdo. Después de él la teosofía hizo mucho daño á la medicina. Pretendía ella explicar las enfermedades por la influencia de los demonios, de los eones, de las potestades ocultas, y tratarlas con ayuda de sortilegios, haciendo llevar piedras de Efeso

(35) *De usu partium*, III, 10.

donde estaban inscritas las palabras misteriosas que se leían en la estatua de Diana (36), ó bien amuletos, piedras preciosas cargadas de figuras egipcianas, ó símbolos tomados del culto de Zo-roastro ó de la cábala hebraica (37).

(36) Ἄσπι κατάσκη αἰὲς τέραι δαμναμένους αἰσίων.  
ESQUIO, *Lexicon*, en la voz ἔρας. γραμμ.

(37) Sereno Samónico, maestro de Gordiano el Joven, nos ha dejado un poema sobre la medicina en que aconseja la *Abracadabra* en los casos de calentura hemitrea:

*Inscribes charta quod dicitur Abracadabra  
Sapienter et subter repetes, sed detrahe summam,  
Et magis atque magis desint elementa figuris  
Singula quae semper rapies, et caetera figes,  
Donec in angustum redigatur litera conum:  
Hic lino nexis, coltum redimire memento.*

## CAPITULO XVIII

### LITERATURA LATINA

No declinó por grados la literatura, tan brillante en tiempo de Augusto; cayó de repente. Esto prueba que el dichoso triunviro influyó poco en el siglo que conservó su nombre, y sobre los ingenios de que fué contemporáneo y no creador. A su muerte ya no se oía resonar más que la voz lastimera de Ovidio, cuya abundancia parásita con sus giros forzados, su abuso de detalles, sus retruécanos, le colocan á tanta distancia de Horacio, de Virgilio y de Tibulo, como Eurípides lo está de Sofocles (1). Después la literatura, á decir verdad, quedó más bien extinguida que corrompida, pues si exceptuamos á Fedro, cuya autenticidad es dudosa, no se cuenta durante medio siglo ni un solo escritor romano. Al cubrir Augusto con el manto imperial á los sabios, les había acostumbrado á considerar el estudio, no como una noble aplicación del espíritu y como un desahogo necesario á sentimientos puros y sublimes, sino como una profesión, como un oficio, y así cuando llegaron á faltar las casas de campo, los donativos, los banquetes, perdieron su voz las musas. Tan peligroso era alabar á Tiberio como censurarle. Calígula envidiaba á todo el que sobresalía en algo. Claudio, erudito imbecil, y otros emperadores, suspicaces ó locos rematados, condenaron á muerte ó á destierro á los que les superaban en elocuencia; y á veces pretendieron conferir el título de orador por decretos. Algunos imprudentes versos valieron á Elio Saturnino ser arrojado del Capitolio. Sexto Paconiano fué ahogado dentro de un calabozo: Marco E scauro fué conde-

(1) En los *Estudios de costumbres y de crítica sobre los poetas latinos de la decadencia*, por NISARD (París, 1834), el autor hace más uso de la delicadeza de su gusto para alabar á sus contemporáneos que para apreciar en su justo valor á los escritores del tiempo pasado.

nado á muerte por haber escrito una tragedia en que Tiberio se creyó retratado en el personaje de Agamemnon: Cremucio Cordo se vió también acusado por haber encomiado á Bruto, y llamado á Casio el último romano (2). Tanta desconfianza tenía Plinio en tiempo de Nerón, que se puso á escribir sobre cuestiones de gramática.

Si se exceptúa el emperador, ¿qué fuente de inspiración quedaba á la literatura romana que llena de sentimiento político de la grandeza de la patria, jamás había bebido en la vida del pueblo el inagotable manantial de ideas? Hubo, pues, de sumergirse en la lisonja. Estacio adula, no sólo á Domiciano, sino á todos los ricos de Roma: Valerio Maximo y Veleyo Patérculo exaltan las virtudes de Tiberio; Quintiliano, la *santidad* de Domiciano y su talento en punto á elocuencia, lo cual debía ser aun más costoso á su gusto: le llama el más insigne de los poetas, dándole gracias por la protección divina que dispensa á los trabajos literarios, y por haber desterrado á los filósofos, que habían llevado su arrogancia al punto de creerse más sabios que el emperador. Marcial besa el polvo que huella Domiciano con su planta, y todavía le parece poco ponerle en la categoría de los dioses. Juvenal adula, Tácito hace lo mismo, ni más ni menos que adulaban los papagayos, saludando en el umbral de toda noble casa al sagacísimo Claudio y al clementísimo Calígula. Plinio Cecilio no sabe tributar á Trajano más que exagerados encomios; el otro Plinio adulaba á Vespasiano, y quizá le fué grata la dedicatoria de la Historia natural, porque excitando á los ciudadanos á la contemplación del universo, les apartaba de reflexionar sobre sí mis-

(2) DION, LVII, 22.—TÁCITO, *Anales*, VI, 39 y 9; IV, 34.